

LUMEN. — Ya os he dicho, mi buen amigo, que la llegada del sol al emisferio, pone en fuga á los espíritus. Una segunda conversacion nos permitirá algun dia profundizar mas un asunto sobre el cual no he podido presentaros hoy mas que un bosquejo general, y que es fecundo en nuevos horizontes. Las estrellas me reclaman y han desaparecido ya. Adios, Quærens, adios.

---

## NARRACION SEGUNDA

## NARRACION SEGUNDA

REFLUMEN TEMPORIS I

---

### I

QUÆRENS. — Mucho tiempo ha ¡oh Lumen! que las revoluciones interrumpidas por la aurora, han dejado á mi alma ansiosa de penetrar mas y mas el singular misterio. Así como el niño, á quien han enseñado una sabrosa fruta, desea clavar en ella sus dientes engolosinados y pide que le den mas cuando la ha probado, así tambien mi curiosidad busca nuevos deleites en las paradojas de la naturaleza. ¿Será temeraria indiscrecion someteros algunas cuestiones complementarias que me han comunicado mis amigos desde que

Escrita en 1867.

les he hecho partícipes de nuestra conversacion. ¿podré pedirlos que continúeis la narracion de vuestras impresiones de ultra tierra?

LUMEN. — No puedo, amigo, satisfacer semejante curiosidad. Por mas que vuestra alma esté perfectamente dispuesta á recibir bien mis palabras, estoy persuadido, sin embargo, que no todas las particularidades del asunto de que trato han producido en vos la misma sensacion, ni tienen todas, á vuestros ojos, la evidencia de la verdad. Se ha acusado á mi narracion de ser mística y no se ha acabado de comprender que ni es una novela ni una fantasia, sinó una verdad científica, un hecho físico demostrable y demostrado, indiscutible, y tan positivo como la caida de un aerólito ó el movimiento de una bala de cañon. La razon que os ha impedido, á vos y á vuestros amigos, de comprender bien la realidad del hecho, es la siguiente: que ese hecho acontece fuera de la Tierra, en una region extraña á la esfera de vuestras impresiones é inaccesible á vuestros sentidos terrestres. Es natural que no lo entendais. (Perdonad mi franqueza, pero en el mundo espiritual se ha de ser franco y hasta los pensamientos son visibles). Solo podeis entender lo que pertenece al mundo de vuestras impresiones, y como

estais dispuestos á creer *absolutas* vuestras ideas sobre el tiempo y el espacio, á pesar de que no son mas que relativas, teneis cerrado el entendimiento á las verdades que residen fuera de vuestra esfera y que no están en correspondencia con vuestras facultades orgánicas terrestres. Así pues, amigo mio, continuar la narracion de mis observaciones extra-terrestres, no seria haceros un verdadero favor.

QÆRENS. — Creed, ¡oh Lumen! que no es por un espíritu de mera curiosidad, que me tomo la libertad de evocaros desde el seno del mundo invisible, donde las almas superiores deben disfrutar de inenarrables goces; pero he comprendido, mejor de lo que os figurais, la grandiosidad del problema, y bajo la inspiracion de una estudiosa avidéz, busco aspectos mas nuevos todavía que los precedentes, si es posible, es decir, mas atrevidos y mas incomprendibles aun. Á fuerza de reflexionar he llegado á creer que no es nada lo que sabemos, y lo que no sabemos es todo. Me hallo, pues, dispuesto á acogerlo todo y os suplico que me dejeis participar de vuestras impresiones...

LUMEN. — Os aseguro, amigo mio, que no estais dispuesto á entenderlas, ó que lo estais

demasiado. En el primer caso, no las comprendereis; en el segundo, sereis muy crédulo y no apreciareis su valor.

Así pues vuelvo...

QUERENS. — ¡Querido compañero de mis días terrestres!...

LUMEN. — Además, los hechos de que tendría que hablaros ahora son aun mas extraordinarios que los precedentes.

QUERENS. — Soy como Tántalo en medio de su lago, como los espíritus del vigésimo cuarto canto del Purgatorio, como los brazos tendidos hácia las olorosas manzanas de las Hespérides, como el deseo de Eva...

LUMEN. — Algun tiempo despues de mi marcha de la Tierra, los ojos de mi alma se volvian melancólicamente hácia esa patria, cuando un atento exámen acerca de la intercesion del 45° de latitud boreal y del 35° de longitud, me mostró un triángulo de tierra firme pardusca encima del mar Negro, en cuya orilla, por el lado del Oeste, un gran número de mis pobres hermanos terrestres se estaban matando con encarnizamiento. Me puse á reflexionar sobre la barbárie de esa institucion pseudo-gloriosa de la guerra, que pesa aun sobre vosotros, y reconocí que en

ese rincon de la Crimea sucumbian 800,000 hombres que ignoraban la causa de su mutuo degüello. Unas nubes pasaron por Europa.

Me hallaba entónces, no sobre Capella, sino en el espacio, entre esa estrella y la Tierra, poco mas ó ménos á la mitad de la distancia de Vega, habiendo ya algun tiempo que habia partido de la Tierra, me dirigí hácia una pequeña nebulosa que se distingue de la Tierra á la izquierda del astro precedente. Mis ideas, sin embargo, se volvian de cuando en cuando hácia la Tierra. Unos momentos despues de la observacion precedente, habiendo vuelto mis ojos á Paris, se quedaron pasmados al verle presa de una insurreccion popular; y fijando mas la atencion, vi barricadas en los boulevares, cerca de la Casa de la Ciudad, en las calles largas y los ciudadanos se tiroteaban mutuamente. La primera idea que me vino, fué que se estaba llevando á cabo una nueva revolucion y que Napoleon III era arrojado de su trono; pero por una correspondencia secreta de las almas, llamó mis miradas una barricada del arrabal de San Antonio, sobre la cual vi tendido el cadáver del Arzobispo Dionisio Augusto Afre á quien conocí muy poco. Sus ojos apagados miraban, sin

verle, el cielo donde yo estaba y sus manos tenían agarrada una rama verde. Tenía, pues, ante la vista, las jornadas de Junio de 1848 y en particular la del 25. — Pasaron algunos instantes, acaso algunas horas, durante las cuales mi imaginación y mi razón buscaban alternativamente la explicación de este hecho particular: Ver á 1848 *después* de 1854, cuando atraída de nuevo mi vista hacia la Tierra notó una distribución de banderas tricolores en una gran plaza de la ciudad de Lyon. Procurando distinguir el personaje oficial que hacía esta distribución, reconocí sin trabajo el simpático semblante del joven duque de Orleans, y acordeme que después del advenimiento de Luis Felipe, se envió á aquel joven príncipe á calmar las agitaciones de la capital de la industria francesa. Síguese de aquí que después de 1854 y 1848, tenía ante los ojos un hecho acaecido en 1831. Un poco más tarde se dirigió mi mirada sobre París en un día de fiesta popular. Un corpulento rey con abultada barriga y rubicunda faz, atravesaba en aquel momento el Puente Nuevo, en una magnífica carroza. Un grupo de niñas, vestidas de blanco, parecía una canasta de lilas, puesta en el terraplén del puente. Extraños animales, coloreados,

corrían por París. Era evidentemente la vuelta á Francia de los Borbones. No hubiera entendido nada sobre esta última particularidad, á no haberme acordado que en aquella época se lanzaron al aire muchos y escogidos globos aereostáticos en forma de animales. Desde lo alto del cielo parecían correr, con muy poca gracia, sobre los techos.

Volver á ver un acontecimiento pasado, lo comprendí explicándolo por las leyes de la luz; pero volver á ver los acontecimientos de un modo contrario á su orden real, era cosa que se volvía enteramente fantástica, y (según me decía yo á mi mismo), me hubiera llevado á la divagación, si procurase explicar esta imposibilidad.

Sin embargo, como tenía los hechos ante los ojos, no podía negarlos y así traté de averiguar la hipótesis que podía darme cuenta de semejante singularidad.

La primera hipótesis era esta: la Tierra es bien lo que veo, y por un destino cuyo secreto solo Dios conoce, la historia de Francia vuelve á pasar casi por las mismas fases que ha atravesado ya: adelantada hasta cierto máximun, que está representado por el año de la exposición universal. retrocede hacia sus orígenes por una os-

cilacion que puede existir en la humanidad, como en las oscilaciones de la aguja imanada, como en el movimiento de los astros. Los personajes que me parecen ser aquí el duque de Orleans y Luis XVIII son acaso otros príncipes que repiten exactamente lo que han hecho los primeros.

Esta hipótesis, sin embargo, me pareció bien extraordinaria y me detendré en una teoría mas racional :

Dada la multitud de las estrellas y planetas que gravitan al rededor de cada una de ellas, me preguntaba yo, ¿ qué probabilidad hay para que se halle en el espacio un mundo exactamente semejante á la Tierra ?

El cálculo de las probabilidades responde á esta pregunta. Cuanto mas grande sea el número de mundos, mayor será la probabilidad de que las fuerzas de la naturaleza hayan originado una organizacion semejante á la de la Tierra. Así pues, el número real de los mundos es superior á toda la numeracion humana escrita ó imposible de escribirla. Si comprendiésemos el infinito, nos fuera acaso licito decir que ese número es el infinito. Concluyo de aquí que hay una gran probabilidad en favor de la existencia de uno ó muchos mundos exactamente semejantes á la

Tierra, en cuya superficie se consumaria la misma historia, la misma sucesion de acontecimientos, habitados por las mismas especies vegetales y animales, por la misma humanidad, los mismos hombres, las mismas familias, idénticamente.

Me pregunté, en segundo lugar, si este mundo, á la par de ser análogo á la Tierra, no podría tambien serle *simétrico*. En este punto entré en la geometria y en la teoría metafísica de las imágenes, llegando á convencerme de que era *posible* que el mundo en cuestion fuese semejante á la Tierra, pero, sin embargo, inverso. Cuando os mirais en un espejo notais que el anillo de vuestra mano derecha ha pasado al dedo anular de la izquierda, lo que modifica su simbolo ; si guiñais el ojo derecho, ó tendeis el brazo del mismo lado, vuestra imagen guiña el ojo y tiende el brazo izquierdo. ¿ Es imposible que en la afinidad de los astros exista un mundo exactamente inverso al del mundo terrestre ? Á buen seguro que en una infinidad de mundos, lo imposible sería, al contrario, que no hubiese ninguno, siendo así que mas bien los hay á miles que uno solo. La naturaleza no solo ha debido repetirse y reproducirse, sino representar la creacion bajo todas las formas. Creia pues que el mundo donde veia esas

cosas no era la Tierra, sino un globo semejante cuya historia era precisamente lo contrario de la vuestra.

QUERENS. — Tambien yo me he imaginado que eso podia ser así. Pero ¿no os era fácil cercioraros del hecho y hacer constar si era verdaderamente la Tierra ú otro astro, lo que teniais ante los ojos, examinando su posicion astronómica?

LUMEN. — Eso es precisamente lo que hice y este exámen me confirmó en mi idea. El astro en que acababa de percibir cuatro hechos análogos á cuatro hechos terrestres, pero inversos, no me pareció que ocupaba la primitiva posicion. La pequeña constelacion de El Altar habia dejado de existir, y en ese lado del cielo donde ya os acordais que me habia aparecido la Tierra, en mi primer episodio, habia un polígono irregular de estrellas desconocidas. Adquirí así la conviccion que no era nuestra Tierra lo que tenia delante de mí, y no cupiéndome ya la menor duda sobre ello, tenia desde entónces, por campo de exploracion, un mundo tanto mas curioso quanto que este no era la Tierra y que su historia parecia representar, en un órden inverso, un cuadro de la historia de la Tierra.

Algunos acontecimientos, á la verdad, me pa-

reció que tenian sus análogos sobre la Tierra, pero en general la coincidencia fué muy notable, con tanto mas motivo quanto que el desprecio con que yo miraba á los institutores de la guerra, me habia lisongeadó con la idea de que este azote no debia existir en otros mundos, y que al contrario, la mayor parte de los acontecimientos que presencié, eran aun combates ó preparativos de luchas.

Despues de una batalla que me pareció ser semejante á la de Waterlóo ví la batalla de las Pirámides. Una imagen de Napoleon emperador se habia vuelto primer cónsul, y ví la Revolucion suceder al Consulado. Noté algun tiempo despues la plaza del castillo de Versalles, cubierta de coches de luto, y en un sendero descubierto de Ville d'Avray, reconocí el paso lento del botánico Juan Jacobo Rousseau, que sin duda estaba filosofando en aquel momento sobre la muerte de Luis XV. El acontecimiento que despues llamó mas mi atencion, fué una de las fiestas de gala del principio del reinado de Luis XV, dignas hijas de las de la Regencia, en las que el tesoro de Francia se deslizaba en perlas de agua por entre los dedos de tres ó cuatro cortesanas adoradas. Ví á Voltaire con gorro de dormir en su

parque de Ferney y despues á Bossuet paseándose por el terraplen de su palacio episcopal de Meaux, no léjos de la pequeña colina que corta hoy el camino de hierro, pero sin hallar allí la menor huella de esta industria. En esta misma sucesion de acontecimientos, veia los caminos cubiertos de diligencias y vastas naves de velas en los mares. El vapor habia desaparecido con todas las grandes fábricas que hace mover en nuestros días. El telégrafo tambien se habia aniquilado, así como todas las aplicaciones de la electricidad. Los globos que habian aparecido de cuando en cuando en mi campo de observacion, se habian perdido y el último que ví era el disforme que elevaron en Annonay los hermanos Mongolfier, en presencia de los citados generales. La faz del mundo habia cambiado ya; Paris, Lyon, Marsella, el Havre y Versalles, sobre todo, estaban desconocidos: las tres primeras ciudades habian perdido su inmenso movimiento, pero la última habia ganado un brillo incomparable. Me habia formado una idea muy imperfecta del régio esplendor de las fiestas de Versalles, y sumamente satisfecho de asistir á ellas, me hallé muy conmovido, en el fondo de mi alma, al ver á Luis XIV en persona en el suntuoso terraplen del Oeste,

rodeado de mil señores engalanados. Era por la tarde y los últimos rayos de un sol ardiente se reflejaban en la real fachada, mientras que galantes parejas bajaban gravemente por la escalera de mármol ó se dirigian á las sombrías y silenciosas alamedas.

Mi vista se volvia de preferencia hácia la Francia ó al menos hácia la region del mundo desconocido que me representaba la Francia, pues por mas lejos que se esté de su país, siempre se acuerda uno de él y cada vez se lleva á él el pensamiento con el mayor placer. No creais que las almas desencarnadas sean desdeñosas, frias y libres de todo recuerdo, pues en este caso serian muy tristes nuestras existencias. No: guardamos la facultad de recordar lo pasado y nuestro corazon no se absorve en la vida del espiritu. Así pues, considerad el goce que experimenté cuando volví á ver desarrollarse ante mi vista toda la historia de Francia, como si sus fases se hubiesen cumplido en un órden inverso. Despues de la unificacion del pueblo, vi la soberanía de un potentado y tras de esta el feudalismo señorial. Mazarino, Richelieu, Luis XIII y Enrique IV se me aparecieron en Saint-Germain. Los Borbones y los Guisas volvieron á empezar para mí sus escaramuzas:

creo vislumbrar la jornada de San Bartolomé. Varios hechos particulares de la historia de nuestras provincias me aparecieron de nuevo, como por ejemplo, una escena de la Diableria de Chaumont, que tuve tiempo de observar delante de la Iglesia de San Juan, y el degüello de los protestantes en Vassy. Estas escenas me llenaron de indignacion, pero luego despues me quedé agradablemente sorprendido al ver el magnifico cometa en forma de sable de 1577. Percibí, en una lejana llanura, á Francisco I y á Carlos V saludándose. Luis XI se me apareció en un terraplen de la Bastilla; las estatuitas de su sombrero me lo hicieron reconocer. Despues tendí la vista sobre una plaza de Ruan y noté una espesa humareda y llamas, en medio de las cuales se consumía el cuerpo de la doncella de Orleans.

Persuadido de que este mundo era exactamente la contra partida de la Tierra, adiviné de antemano los acontecimientos que iba á ver. Así pues mi sorpresa no fué grande cuando, despues de haber visto á san Luis muriendo al pié de Tunez, asistí á la octava cruzada, luego á la tercera, en la cual reconocí á Federico Barbaroja por sus barbas y despues á la primera en la que Pedro el Hermitaño y Godofredo de

Bullon me trajeron al Tasso á la memoria. Esperaba ver sucesivamente á Hugo Capeto cantar las visperas con capa pluvial; al concilio de Tauriaco decidir que se vá á pronunciar el juicio de Dios en la batalla de Fontanet y á Carlos el Calvo degollar en ella á cien mil hombres y á toda la nobleza merovingiana; á Carlomagno coronado en Roma; la guerra contra los Sajones y los Lombardos; á Carlos Martel amartillando á los Sarracenos; al rey Dagoberto haciendo construir la abadía de San Dionisio, así como habia visto á Alejandro III poner la primera piedra de la iglesia de Nuestra Señora; á Brunehaut arrastrado por tierra por un caballo; á los Visigodos, á los Vándalos, á los Ostrogodos, á Clodoveo y á Meroveo aparecerse en el país de los Salios, en una palabra, desarrollarse, en orden inverso á su sucesion, todos los orígenes de la historia de Francia, como efectivamente sucedió. Muchas cuestiones históricas muy importantes, que hasta entonces me habian parecido oscuras, se me aclararon; y así puede establecer, entre otras, que los franceses son originarios de la margen derecha del Rin y que los alemanes no tienen razon alguna para disputarles ese rio, sobre todo la margen izquierda.